



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6613

.A5

E8

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Algo acerca de Ganivet.

El 1.º de Marzo de 1899 se estrenó en el teatro de Isabel la Católica, de Granada, un drama místico, original de Angel Ganivet y titulado *El escultor de su alma*.

El público, deslumbrado por la brillantez y armonía de una versificación sonora y rotunda, hermana gemela de la que subyuga en las obras de Calderón y Lope, fascinado por la sublimidad de los conceptos que surgían de boca de los actores, cayendo sobre la sala como manantial inagotable de belleza que hería la imaginación y sacudía fuertemente el espíritu, quedó cautivo del poeta desde el principio del drama, y tributó á la obra y al autor una ovación tan entusiasta como no se ha oído otra en el coliseo granadino.

Nadie pidió el nombre del autor, porque era de antemano conocido, ni se pidió tampoco su salida á

la escena, porque quien concibió y dió forma á aquella soberana producción dramática, no pertenecía ya al mundo de los vivos.

La sensación que produjo aquella obra genial, inspirando en el ánimo de los amigos y admiradores de Ganivet y en general de los granadinos, vivísimo deseo de conservarla impresa, me han inducido á publicarla, con lo que juzgo cumplir un deber; pues habiendo tenido la fortuna de que el autor me confiara su obra, enviándome desde Riga para su representación en Granada, el manuscrito original de *El escultor de su alma*, considero que la obra de que se trata merece ser difundida por medio de la imprenta, á fin de que no permanezca escondida esta valiente y genial tentativa de reconstitución de nuestro teatro, iniciada por un granadino que honra con su nombre el de esta ciudad y el de la patria española.

El escultor de su alma es la única obra de Angel Ganivet que permanece inédita. Sus demás libros, aunque reducidos á un escaso círculo por lo corto de las ediciones, están ya impresos. Algunos, como *Granada la bella*, *Cartas finlandesas* y *Hombres del Norte*, los publicó en artículos *El Defensor de Granada*, y son muchos los lectores granadinos que los conservan cuidadosamente. No se halla en el mismo caso la producción dramática, y á satisfacer un deseo general, así como á rendir el debido tributo de admiración al ilustre y malogrado literato, se encamina la publicación de este libro.

Pero quien lo lanza á la publicidad no puede sus- traerse al impulso, tan natural como explicable, de hacer algunas indicaciones sobre la producción de Ganivet, escribiendo estas deshilvanadas líneas, pa-

ra dar á conocer al lector los rasgos más salientes de aquella insigne personalidad literaria.

*
* *

Corta y gloriosa fué la vida del escritor granadino: no llegó á alcanzar los 33 años, entre el nacimiento ocurrido el 13 de Diciembre de 1865 y la muerte que tuvo lugar en Riga el 29 de Noviembre de 1898.

El que tanto había de honrar con sus obras el nombre de Granada, no mostró de niño esas pretensiones impropias de la edad que tanto celebra el vulgo en los niños precoces y que, como son una desviación de la naturaleza, un desarrollo prematuro de las facultades intelectuales, concluyen casi siempre por hacer de los niños célebres, vulgares medianías, cuando no solemnes majaderos.

Comenzó el bachillerato á los quince años de edad, en 1880, y en el Instituto de Granada le conocí yo aquel año, también el primero de mis estudios.

Tal vez porque ni él ni yo habíamos hecho las primeras letras en la escuela, sino en nuestras casas, carecíamos de la acometividad de los demás muchachos del primer año de latín, y un tanto apartados de la general algazara, pronto nos conocimos, congeniamos, y se estableció entre nosotros el vínculo de la amistad más sincera que sin interrupciones ha durado hasta la muerte de Angel.

La vida escolar de mi amigo fué desde el primer día un triunfo continuado y brillante; era siempre el primero en las clases; pero sin esfuerzo y sobre todo sin pedantería: desde entonces se pudieron apreciar en él dos condiciones sobresalientes en que

se hallaba la fuerza de su producción futura: la independencia del juicio con el horror á las preocupaciones que hacen del hombre moderno un esclavo de las fórmulas, y su buena voluntad para propagar entre los condiscipulos cuanto él sabia y los demás no alcanzábamos.

Como detalle curioso de nuestra vida escolar en el Instituto, recuerdo que por aquel tiempo el autor de los magníficos versos que hacen de *El escultor de su alma* una de las obras de forma más brillante de nuestro teatro, sentía un profundo desdén por la rima y el metro. El profesor de Retórica quiso un día conocer las facultades poéticas de todos sus alumnos y, quizá con la esperanza de encontrar entre nosotros la crisálida de algún Zorrilla, escribió sobre el encerado, con clara letra, diez palabras que formadas en columna una debajo de otra, constituían las terminaciones de los versos de una décima.

—Para mañana,—nos dijo el catedrático—deben ustedes traer á clase una décima, y para ahorrarles el trabajo de los consonantes, ahí los tienen ustedes en el encerado. Todo se reduce á un trabajo de relleno que no puede ser más fácil.

Al día siguiente, no se reveló ningún poeta; pero se vió á cuánto alcanza la resistencia de una casa ruinoso, porque á pesar del diluvio de ripios que cayó aquella mañana sobre la clase de Retórica, el Instituto no se hundió.

Sólo un pequeño grupo de estudiantes no tomó parte en el concurso. Entre ellos figuraba Ganivet, que nos sorprendió con su retraimiento, y lo explicó en estas sustanciosas palabras:

—Para decir tonterías en verso, es mejor escribir prosa, ó no escribir ni en prosa ni en verso, que es lo que yo hago.

Bachiller por oposición en 1885, estudiante pensionado luego en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, Angel Ganivet se fué formando una vasta y sólida cultura, cuyo fondo eran los clásicos griegos y latinos. Cuando salió de nuestra Universidad en 1890 con sus títulos por oposición en las dos facultades, Ganivet era un perfecto *humanista*, y como al mismo tiempo había vivido en continuo contacto con la naturaleza y con la genie del pueblo en su casa molino de las afueras de la ciudad, el *humanista* era un hombre completo, tan apto para ganarse la vida en clase de maestro de molinería, como para presentarse á disputar los cargos académicos en pública oposición.

Como á casi toda la juventud de nuestro tiempo, la Corte atrajo á Ganivet, quien levantó el vuelo apenas terminó sus estudios de Facultad. En este período, pierde mi memoria el rastro de Ganivet, de quien sé que pasó en Madrid trabajos que quizás habieran dado en la sepultura con otra naturaleza menos fuerte, y en la degradación con otro espíritu menos templado que el suyo; que ganó en la Central, mediante oposición lucidísima el título de Doctor en Filosofía; luego y también por oposición, una plaza del Cuerpo de Archiveros, y por último, su ingreso en la carrera consular en Febrero de 1892, en cuya fecha salió para Amberes, terminando con esto lo que pudiéramos llamar período *preparatorio* del insigne escritor y filósofo, que desde París envió su primer artículo á *El Defensor de Granada*, al que

32810

consagró desde entonces todas sus obras magistrales que eran susceptibles de publicación en esta forma periódica.

Cuando su nombre era ya conocido como el de un literato genial é insigne, muchos diarios españoles y extranjeros solicitaron su colaboración con verdadero empeño; pero él rechazó todas las proposiciones fiel á su propósito de dedicar á Granada los frutos de su ingenio y mostrarlos á sus paisanos desde las columnas de *El Defensor*, que consideraba como su propia casa.

De la estancia de Ganivet en Madrid, otros amigos que por aquel tiempo vivían en la Corte, cuentan detalles, un tanto extraños que yo no he podido ni quiero poner en claro. Tal vez algunos de esos detalles, convertido después por la fuerza de las circunstancias, y sobre todo por la nobleza nativa de nuestro insigne compatriota, en eje de su vida misma y preocupación constante de su espíritu, se encuentre el origen y la explicación de su trágica muerte.

*
* *

A partir de 1892 el horizonte intelectual de Angel Ganivet se ensancha de una manera prodigiosa; su estancia en Amberes, donde residió por espacio de cuatro años, con frecuentísimos viajes á París, le puso en comunicación directa con Europa. Dotado de asombrosas aptitudes para el estudio de los idiomas, dominó de tal modo el francés, que según él mismo decía llegó á habituarse á lo más difícil para un hombre: á pensar en un idioma que no es el propio. Ganivet se acostumbró á pensar en francés y,

quizás en tan extraordinaria habilidad, se halle el secreto de una de sus más notables cualidades literarias, que es la sutilidad con que desdobra las ideas y las presenta bajo sus más diferentes aspectos con sencillez y desenfado admirables. Además del idioma de Racine, en el cual escribió sus más íntimos desahogos pasionales en sonoros y castizos versos franceses, todos inéditos, Ganivet llegó á dominar casi todas las lenguas del Norte, y poseedor de este gran instrumento científico, pudo estudiar sin intermediarios, directamente, una inmensa variedad de autores que para la generalidad de los españoles son perfectamente desconocidos, ó lo que quizás es peor, se conocen á través de las traducciones y los comentarios franceses, casi siempre tan acertados por lo que se refiere á las cosas del Norte, como las famosísimas invenciones de manolas de navaja, *toreadores*, etc., etc., con que nuestros vecinos traspirenaicos han desfigurado á España para presentarla vestida de máscara á los ojos de Europa. Así nuestro autor pudo hacerse cargo de costumbres, hombres y producción literaria con verdadera serenidad de juicio, llegando por sí mismo al fondo de las cosas, y presentándolas tal como él las observaba, embellecidas por su temperamento de artista, realizadas por la comparación con las análogas de su patria, con la sencillez y amenidad que tanto cautivan en *Granada la bella* y *Cartas finlandesas*.

Supo Ganivet amoldarse al medio á que le llevó su carrera con facilidad maravillosa; pero al mismo tiempo que perfeccionaba su espíritu con inmenso caudal de observaciones y de estudios, supo hacer la obra, verdaderamente difícil, de adaptarlos á su

propio temperamento, en tal forma que debajo de todos sus conocimientos, constituyendo su fondo doctrinal, se percibe siempre la filosofía y la moral de Séneca, que es su verdadero maestro; y bajo toda la balumba de escritores contemporáneos franceses, ingleses, alemanes, suecos, rusos, etc., siempre quedan intersticios por donde suben á la superficie eternamente lozanas y frescas las flores peregrinas de las literaturas clásicas, y las soberanas creaciones del genio español.

La originalidad, el encanto de las obras de Ganivet, se hallan precisamente en ese don maravilloso de su espíritu que le permitió asimilarse tan variada cultura sin menoscabo de su personalidad. Fué europeo, sin dejar de ser español; antes bien, fortificando más y más su espanolismo á cada bocanada de viento de fuera que recibía en pleno rostro.

Los viajes, las observaciones directas hechas sin prejuicio alguno, y su actividad incansable para el estudio, fecundado, claro es, todo ello por un talento extraordinario y por una fuerza de asimilación intelectual inmensa, formaron en poco tiempo la personalidad literaria de Angel Ganivet; y cuando el escritor granadino hace sus primeras asomadas al palenque artístico, adviértese bien que sus armas tienen un temple excelente, que bajo ellas hay un espíritu de extraordinario vigor, que el nuevo combatiente lleva el bastón de mariseal, no en la mochila, como los soldados de Napoleón, sino muy á la mano; y que si no lo empuña desde luego en la diestra, débese más á desprecio de las jerarquías, por lo que tienen de formalismo vano, que á falta de alientos para blandirlo.

Cuando Ganivet vino de Amberes á Granada, en el verano de 1895, fué á dar con sus huesos, casi acabado de bajar del tren, en el *Centro Artístico*, de grata memoria, que ya entonces empezaba á dar las boqueadas recluso en un entresuelo insignificante de la Plaza Nueva. Allí nos vimos, al cabo de seis años de ausencia, una noche de las próximas al Corpus. Angel Ganivet estaba ya entonces completamente formado; su saber se desbordaba en una conversación atrayente, curiosísima, que dejaba embobados á los oyentes. Por aquellos días, en el *Centro*, en la redacción de *El Defensor*, en cuantos sitios se instalaba la inolvidable tertulia, el cónsul de España en Amberes llevaba todo el peso de la conversación y se veía y se deseaba para contestar con la premura que exigía la impaciente curiosidad de sus amigos, el diluvio de preguntas con que le acosábamos. Cuestiones de arte, de política, de filosofía, costumbres exóticas, literaturas extranjeras, á todo se le pasaba revista como en un cinematógrafo; y tengo para mí que ante otro espíritu menos benévolo, pacienzudo y eminentemente pedagógico que el de Angel Ganivet, hubiéramos parecido sus interlocutores bandada de chiquillos sin seso, ó grupo de salvajes, por nuestra insaciable curiosidad, que se mostraba con inconscientes saltos de mono desde una á otra de las más distantes ramas del frondoso árbol de la sabiduría.

Desde entonces Ganivet fué para sus amigos de Granada, lo más parecido á un oráculo, y surgió en todos el deseo de ver traducido en obras tan vasto saber y tan curiosas noticias; y como al mismo tiempo su inteligencia estaba ya en sazón para producir,

nuestros deseos no cayeron en saco roto, y aquel mismo año empezó á figurar en *El Defensor* la firma del genial escritor, cuya colaboración asidua á partir de tal fecha, constituye para dicho periódico preciado timbre de gloria.

El 4 de Octubre de 1895 apareció el primer artículo de Ganivet fechado en París y en el que se daba noticia crítica de dos libros famosos: *Lourdes*, de Zola, y *Jerusalén*, de Pierre Loti; al mes siguiente envió desde Amberes otros dos: sobre *Arte gótico* uno, y el otro titulado *Socialismo y música*, que produjeron entre los intelectuales granadinos un movimiento general de curiosidad hacia la nueva firma, sentimiento que se convertía al año siguiente, al publicarse la primorosa colección de artículos *Granada la bella*, en sincera admiración y legítimo orgullo. Granada contaba con un literato insigne, y genuinamente granadino, como lo proclamaba aquella obra, que muchos consideran la mejor de nuestro paisano, y que desde luego es la más espontánea y más fresca de cuantas hacen imperecedero su nombre.

* *

En todas las obras de Ganivet, salvo las de índole meramente crítica, hay un pensamiento fundamental que el autor nos va mostrando bajo aspectos diferentes y siempre bellos; pensamiento de honda y trascendental filosofía, del cual nunca se separa el espíritu del escritor, ávido de inculcarlo á los lectores: el alma humana posee una fuerza creadora casi omnipotente y su verdadera misión no es otra sino la de obrar sobre sí misma para su propio perfeccionamiento.

Esta labor interna de auto-creación y de robustecimiento moral, puede decirse que constituye el *leitmotiv* de las obras de Ganivet, y alcanza su mayor desarrollo en *Los trabajos de Pío Cid*, obra originalísima de la que sólo se han publicado dos tomos, quedando sin escribir los más interesante de ella.

Ese pensamiento de la creación espiritual que en *Los trabajos* toma formas prácticas, y se nos muestra reducido al círculo familiar y de relaciones íntimas del *infatigable creador*, como se le denomina en la portada del libro, alcanza extraordinarios vuelos y formas estéticas valiosísimas en *El escultor de su alma*, donde ya el círculo se estrecha más y el *creador*, que en esta otra obra es *Pedro Mártir*, actúa sobre su propio espíritu en un anhelo infinito de perfección que nunca alcanza, hasta que purificado por el dolor, que es para Ganivet (y en esto tiene nuestro autor parentesco muy próximo con los místicos del Siglo de Oro), el verdadero crisol de la vida, *fuego, yunque y martillo* con que *Pedro Mártir* quiere forjar su alma ideal, logra la dicha de morir esculpido en forma eterna, de obtener el reposo después de una vida de lucha constante, abismándose en la contemplación del ideal de *Belleza*, que simboliza su hija *Alma*.

Del propio modo que en *Los trabajos* y *El escultor*, muéstrase el mismo pensamiento fundamental en las demás obras de Ganivet, si bien bajo otros aspectos más interesantes si cabe que en las obras citadas. Así, en *La conquista del Reino de Maya*, Pío Cid construye un estado social aprovechando la materia prima que le ofrece un pueblo joven y cándido.

En *Idearium español*, obra importantísima de filo-

sofía política, en la que el autor se eleva á prodigiosas alturas en una admirable concepción sintética de la Historia, el trabajo de auto-creación se encomienda á las energías propias de la raza española, y en la restauración del espíritu español *que hace cuatro siglos se escapó de España*, es donde encuentra el insigne hijo de Granada la única forma de redención posible para este desventurado pueblo que hoy se agota por no encontrar nuevos ideales con que sustituir los que ya cumplió hace siglos en la Historia de la Humanidad. Por último, en la obra más espontánea y más fresca de Ganivet, en *Granada la bella*, la idea fundamental se desdobra en otro aspecto no menos interesante, sugestivo y amable, que el autor expresa en el primer capítulo de lo que pudiéramos llamar *Estética de las ciudades*, diciendo que va á exponer los principios "de una ciencia ó arte desconocidos hasta el día, y que este arte nombrado puede ser definido provisionalmente como un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan".

Como fácilmente se alcanza por esta enumeración, las obras de Ganivet, dejando aparte las meramente literarias, como son *Hombres del Norte* y *Cartas finlandesas*, tienen entre sí estrecha conexión; unas á otras se complementan, y es necesario leerlas todas para atisbar cuál es el verdadero alcance y significación de muchas afirmaciones que, aisladas, pueden resultar extravagantes y aun incomprensibles para un lector frívolo. De la grandeza de la idea fundamental en que participan todas, nace la necesidad de leerlas despacio, con detenimiento y atención.

Dióse en ellas Ganivet todo entero á sus lectores, y sus libros hacen meditar mucho y hondo.

De aquí nace la atracción irresistible que ejercen sobre el espíritu: la curiosidad se despierta hábilmente y después se satisface con un raudal inagotable de ideas; á veces, cuando ya se llega á tocar casi la solución del problema que embebe nuestro ánimo, Ganivet no concluye el cuadro ó lo termina con una pincelada de misterio, que nos deja entre nieblas y vaguedades, y nos hace experimentar una sensación penosa, como la del viajero que después de fatigosa ascensión á elevadísima cumbre, no encontrase ante sus ojos el panorama abierto que esperaba, sino otro monte más agrio, más vertical y más sombrío que limitara á pocos metros el horizonte.

En obras tan profundas, el misterio es inevitable: la razón, como los pulmones, sólo puede ejercitarse libremente hasta ciertas alturas; excedidas éstas, el organismo muere y la razón se extravía.

*
* *

Ganivet no era un teórico ni un sofista; era un hombre que cuando se convencía de la verdad de un principio, sobre prestarle su adhesión intelectual, hacía todo lo posible por llevarlo á la práctica.

He aquí un hecho que demuestra plenamente la verdad de esta afirmación.

Como la mayoría de los pensadores modernos que se apartan de la vulgaridad, el autor del *Idearium* entró en la gran corriente de protesta contra la actual organización de la propiedad, corriente que hoy conmueve al mundo. Mostrábase decidido adversario de ella, y á diferencia de la turba-multa de reforma-

dores que predicaban la liquidación y el reparto, á reserva y sin perjuicio, como dice la conocida fórmula curialesca, de barrer hacia dentro todo lo posible, Ganivet, sin predicar nada, con la tranquilidad senesquista que formaba su idiosincracia intelectual y moral, se vino á Granada, buscó á un notario, pagó los derechos correspondientes á la Hacienda, y donó cuanto le correspondía de la herencia de sus padres á sus hermanas. El se daba por suficientemente heredado con la educación superior que había recibido.

Rasgos de esta índole, de perfecta ecuación entre los principios morales que profesaba y su conducta, hay muchos en su vida. Por esto á la generalidad de las gentes, esclavas del formulismo, parecía Ganivet un extravagante, y era preciso conocerlo á fondo para apreciar en todo su valor la valentía de su proceder, y la habilidad suma con que, sin ceder un ápice de sus convicciones, supo no molestar jamás á los que no participaban de ellas; antes bien entre los adversarios jurados de sus teorías encontró entrañables amigos y fervientes admiradores.

La pasión por el trabajo, la incansable actividad para la producción literaria y filosófica, fueron la forma práctica con que se tradujo en la vida del autor el pensamiento fundamental de sus obras, la auto-creación á que me refería poco antes; y ya que vuelvo sobre el tema, pareceme oportuno decir que aquel principio tan fielmente observado en la práctica no condujo al llorado amigo ni á las arrogancias del *superhombre* preconizadas por el filósofo que ha trastornado más cabezas en estos tiempos, ni al aislamiento y la concentración en su propio espíritu. Aunque no muy devoto de la ley de las mayorías, aunque con la

energía moral suficiente para quedarse solo en la profesión de un principio sin experimentar terrores, la frase de Ibsen *el hombre es más grande cuando está más solo*, no se ha escrito para Ganivet. Buscaba su espíritu la comunicación activa con otros espíritus, gustaba de la contradicción y de la propaganda, y siendo por extremo tolerante huía de imponer á nadie sus criterios, limitándose á despertar en todos el afán del trabajo, del perfeccionamiento espiritual, que cada uno debía emprender desde sus privativos puntos de vista, y sin abdicar de las convicciones sinceramente profesadas.

La tendencia expansiva de aquella inteligencia superior espoleó en Granada á no pocos, que poseyendo brillantes cualidades para las letras y las ciencias, necesitaban un impulso extraño para salir de sus ensueños y vaguedades. Este impulso, vencedor de la crónica abulia granadina, lo dió Ganivet, y de sus conversaciones al aire libre ante la *Cofradía del Avellano* mientras estuvo en Granada, y de la correspondencia que constantemente sostenía con todos desde el extranjero, surgió en nuestra capital una especie de renacimiento que murió en flor, y se deshizo en lamentaciones al morir Ganivet. ¡Quién puede calcular la pérdida enorme que para el movimiento literario granadino representó su muerte!

En el período de tres años, desde 1896 á 1898, las letras granadinas adquirieron considerable impulso, de que dan claro testimonio las colecciones de *El Defensor* de aquella época, cuyas páginas contienen infinidad de trabajos, muchos de singular mérito, debidos al estímulo de Ganivet sobre sus paisanos, amigos.